

por Suiza. El hecho más significativo que resalta ante todo, de la inspección de dicho cuadro, es la excesiva mortalidad relativa de los taberneros. Y si busca uno luego cuál es la enfermedad que hace el primer papel en dicha mortalidad, encuentra que es la tisis pulmonar. Así, v. gr., en Londres, la mortalidad por tisis de los agricultores es de 79 por 1000, mientras que la de los taberneros llega a 607 por 1000, esto es, casi 8 veces mayor.

Probado estaba que el oficio de vendedor de alcohol es peligroso para los demás, y probado queda ahora que es ante todo peligroso para quien lo ejerce. El expendedor de licores reduce considerablemente el círculo de la propia vida y siembra la desgracia a su derredor.

Las marcas de los dedos.—Según reciente estudio del Dr. Zed (*Les Temps Nouveaux*, 25 Mayo 1912), las marcas digitales no pueden ser tenidas como prueba indiscutible de identidad, puesto que varían continuamente en un mismo individuo, según multitud de circunstancias (ociosidad, género de trabajo, heridas, rasguños, etcétera).—«Sin tener la competencia especial de Mr. Bertillon, cuyas demostraciones fantasistas todos recordamos, en un asunto que ha hecho mucho ruido y con ocasión del cual su sistema fué calificado de ridículo por nuestros sabios más eminentes, puede cualquiera fácilmente convencerse de que aquello que sostenemos es fruto del simple sentido común».

La Revolución Francesa.—Entresacamos algunas conclusiones del libro de Gustavo Le Bon, *Revolución Francaise*, que aparece en estos días (París, libr. Flammarion):

La Revolución Francesa es una mina inagotable de documentos psicológicos. Ningún período de la vida de la humanidad ofrece una serie semejante de experimentos acumulados en tan corto tiempo.

En cada página de ese gran drama, hemos encontrado numerosas aplica-

ciones de los principios expuestos en nuestras diversas obras, sobre el alma transitoria de las multitudes y sobre el alma permanente de los pueblos, sobre la acción de las creencias, sobre el papel de las influencias místicas, afectivas y colectivas, sobre el conflicto de las diversas formas de lógica.

Las asambleas revolucionarias justifican todas las leyes conocidas de la psicología de las multitudes. Impulsivas y temerosas, son dominadas por un pequeño número de capataces y obran las más de las veces en sentido contrario de las voluntades individuales de sus miembros.

La inteligencia ha progresado en el curso de las edades y ha abierto al hombre horizontes maravillosos, mientras el carácter, verdadero fundamento de su alma y seguro motor de sus actividades, no ha cambiado casi. Trastornado un momento, reaparece luego el mismo. La naturaleza humana debe, pues, ser aceptada tal cual es.

Los fundadores de la Revolución no se resignaron a ello. Por primera vez, desde los comienzos de la humanidad, intentaron transformar hombres y sociedades en nombre de la razón.

Jamás empresa igual fué acometida con mejores elementos de éxito. Los teóricos que pretendían realizarla tenían entre manos una autoridad superior a la de todos los déspotas.

Y sin embargo, a pesar de tal poder, a pesar del éxito de los ejércitos y de las leyes draconianas y de los golpes de Estado repetidos, la Revolución no hizo más que acumular ruinas y parar en una dictadura.

Tal ensayo no ha sido inútil, puesto que los experimentos son necesarios para instruir a los pueblos. Sin la Revolución hubiera sido difícil probar que la razón pura no basta para cambiar a los hombres y que, por consiguiente, UNA SOCIEDAD NO SE REEDIFICA AL CAPRICHIO DE LOS LEGISLADORES, POR ABSOLUTO QUE SEA SU PODER.